

HIJO DEL PADRE

“...ahora bien, afirmaban éstos que, en suma, su crimen... se había reducido a haber tenido por costumbre... reunirse antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como Dios. Terminado todo esto, decían que la costumbre era retirarse cada uno a su casa y reunirse nuevamente para tomar una comida, ordinaria, empero, e inofensiva...”.

(Fragmento de carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, (62- 114 d.C.), al Emperador Trajano consultándole sobre la conducta de los cristianos)

Por NELSON CRESPO

Cada domingo, durante el Credo, después de la confesión de fe “en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...”, proclamamos: “Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma naturaleza que el Padre... quien por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre...”.

En estos momentos, al pronunciar las palabras “y se hizo hombre”, el cristiano, luego de una leve pausa, inclina reverentemente la cabeza ante el misterio central sobre el que se cimienta la fe de la Iglesia: La Encarnación del Hijo de Dios.

Que Dios sea Todopoderoso, Creador o Eterno es algo que la fenomenología religiosa recoge como propio de todas las religiones. Son los atributos que el ansia de trascendencia presente en todo hombre reconoce en ese Ser que le trasciende y hacia el cual tiende de un modo que pudiéramos decir “natural”. Es lo que el lenguaje cristológico define como “las semillas del Verbo” latentes en todo ser humano. Y es que el hombre o adora al Dios verdadero, o bien se fabrica un ídolo, o se erige un ideal; pero la búsqueda de la trascendencia está presente en todo hombre, es más, le define.

Cuando los arqueólogos en sus excavaciones encuentran signos de enterramientos afirman: “aquí hay huellas de un grupo humano”, también cuando encuentran una pintura rupestre afirman de modo homólogo: “aquí hay huellas de un grupo humano”. Tanto un hecho como el otro son signos de un pensamiento abstracto, de una tendencia que impele al hombre a la búsqueda de lo que está más allá de lo mediato, de lo temporal, de lo propio de los instintos o la mera subsistencia; es un salir de sí mismo en pos de ese “totalmente otro”, que si bien no es aún el Trascendente, sí es, aún cuando sea de un modo incipiente o primitivo, los primeros signos de su búsqueda.

La historia del hombre es la historia de las religiones, cualesquiera que estas sean. Ellas son las que dan las pautas de su comportamiento, de su actuar, las que modelan su cultura. Y es que si bien es lícito afirmar que existen personas ateas, es imposible sostener que haya existido o que exista un pueblo ateo. Sin embargo, la novedad cristiana no está en la sola búsqueda de esa trascendencia que supera toda definición.

El Dios que el cristiano confiesa no es una especie de Tao indefinible, ni una abstracta energía cósmica desplegada o permeante de todo el Universo. El Dios cristiano es un Dios personal que en el ser de Jesús se autorevela a plenitud poniendo su morada entre nosotros (Jn 1, 14). Esta fe en el “Dios-con-nosotros” anunciado por el profeta Isaías (7, 14) es la que confiesa la Iglesia: “Creo en Jesucristo, su único Hijo (de Dios Padre)... que nació de Santa María Virgen”. Dicho en otras palabras, la Iglesia confiesa a Jesús como verdadero Dios (Hijo del Padre) y, al mismo tiempo, como verdadero hombre, (hijo de Santa María Virgen).

Tú eres... el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16).

Sin embargo, aún cuando la figura de Jesús sea demasiado atrayente como para ser ignorada, no por ello ha dejado de ser piedra de tropiezo. Ya en los días de su predicación en las polvorientas tierras palestinas para unos era Juan el Bautista, para otros Elías o Jeremías o algún que otro profeta (Mt 16, 14). De ahí la pregunta lacerante y pragmática que lanzara en Cesarea de Filipo a quienes habrían de anunciar aquello que habían visto y oído: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”.

Será Simón, a partir de este momento instituido como Pedro, quien en nombre de los suyos tomará la palabra para confesar: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, la misma respuesta que en boca de Jesús firmará su sentencia de muerte ante el Sanedrín y lo llevará a la Cruz.

Esta realidad, la filiación divina de Jesús, se devela ante los ojos del discípulo: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre –es decir, ningún ser humano–, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 17). Es el Padre el que da testimonio del Hijo, y dado que ésta, como cualquier otra verdad revelada, sólo se puede acoger rectamente mediante la fe; entra aquí en juego el *rationabile obsequium fidei*, el obsequio razonable de la fe¹.

Para el cristiano es verdad de fe que “Jesús es Dios”, ello le puede hacer presuponer que sabe quién es Dios y cómo es Dios y, mediante esto, quién es Jesús y cómo es Jesús. Sin embargo, el apóstol Juan recuerda que “a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer” (Jn 1,18). Dicho en otras palabras, de Dios conocemos aquello que en Jesús se ha revelado. A quien conocemos es a Jesús, mientras que lo desconocido es precisamente Dios. En consecuencia, para el cristiano toda imagen de Dios que no se adecue a Jesús es inexacta². De ahí el deseo de Jesús de que sus discípulos y los que le escuchaban llegasen al descubrimiento de que Él, “el Hijo del Hombre”, es al mismo tiempo el verdadero “Hijo de Dios”, que Él y el Padre son uno (Jn 10, 30), que quien le ve a Él está viendo al Padre (Jn 14, 9), y nadie conoce al Padre sino el Hijo (Mt 11, 27).

De los suyos tal vez sólo María, su madre, tratará de entender paso a paso, desde un comienzo, los hechos de que es partícipe. Ella era consciente de la originalidad de Jesús. El ángel Gabriel le anuncia que Aquel que nacerá de su seno inmaculado es el Hijo de Dios (Lc 1, 36), que habrá de ocupar el trono de David según su sangre (2 Sam 7, 12) y reinará sobre la casa de Israel. Sin embargo, el acatamiento de María al plan divino no la libera de incomprendimientos ante actos que le sobrepasan y que conserva meditándolos en su corazón (Lc 2, 19). Es desde la fe que María pronuncia el “hágase” de la encarnación, y desde la fe tratará de asimilar el recordatorio que a la temprana edad de doce años Jesús le hace a ella y a San José, su padre putativo: “No saben que debo ocuparme de las cosas de mi Padre” (Lc 2, 49).

Ello va a constituir la novedad del mensaje cristiano. A diferencia de Mahoma, Confucio, Buda, o cualquier otro gran fundador de religiones, Jesús no se presenta a sí mismo como un eslabón más de la prolifera cadena de profetas de Israel, ni como un iluminado que exige que sus oráculos sean escuchados reverentemente. Él se intitula “el Hijo de Dios”, no en el sentido de una filiación divina adoptiva como la que se pudiera arrogar por gracia a los profetas, a los hijos de Israel por su nexo de sangre (Os 1, 10), a los discípulos por la fe (1 Jn 3, 1), o al justo por su aspiración a la perfección (Mt 5, 45.48).

Escucha Israel... Uno es el Señor (Dt 6, 4).

Jesús se anuncia como el Hijo de Dios en el sentido literal de la palabra, e incluso permite para con Él actitudes que sólo a Dios son reservadas, como la adoración (Jn 9, 38) o la fe: “Crean en Dios, crean también en mí” (Jn 14, 1). Los evangelios puntualizan que en más de una ocasión quienes le escuchan quieren apedrearlo, pues consideraban blasfemia lo que oían de su boca. Lo perciben así quienes le escuchan al comienzo de su ministerio público en Nazaret (Lc 4, 28), o los que en el Templo de Jerusalén escuchan sus palabras ante el pórtico de Salomón. Refiere el texto que Jesús les apela: “Muchas obras buenas que vienen del Padre les he mostrado. ¿Por

cuál de ellas quieren apedrearme? Los judíos le respondieron: no queremos apedrearte por ninguna obra buena que hayas hecho, sino por blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios” (Jn 10, 31-33).

La reacción era fundada. Llamarse a sí mismo “Hijo de Dios” quería decir “hacerse Dios”. Ello suscitaba la protesta radical por parte de los custodios del monoteísmo del Antiguo Testamento. San Juan recuerda que “los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios” (Jn 5, 18). Y es que la Ley dada a Moisés, y que los levitas debían custodiar celosamente, era tajante al efecto: “Quien ofenda el nombre de Yahveh, tendrá que cargar con su pecado y será muerto a pedradas por toda la comunidad. Tanto si es extranjero como si es natural del país, si ofende el nombre del Señor, será condenado a muerte” (Lv 24, 16). Será este acápite de la Ley, a partir del cual el Sumo Sacerdote demanda a Jesús en el juicio ante el Sanedrín: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Jesús le responde: Sí, yo soy... El Sumo Sacerdote se rasga las vestiduras y dice: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Han oído la blasfemia. ¿Qué les parece?” (Mc 14, 61-63).

Refiere el Evangelio que “todos juzgaron que era reo de muerte”. Y lo *sui géneris* del juicio realizado a Jesús, su esencia, es que el acusado no es condenado primariamente por declaraciones de sus acusadores, ni por delitos o actos que haya realizado, sino por su identidad, y como tal queda escrita su causa sobre el madero de la Cruz. Pero, ¿era consciente Jesús de la envergadura de sus palabras? Aquí sólo cabrían dos opciones: o bien tenía plena conciencia de su filiación divina, o era simple y llanamente un demente, pues la pena prescrita en el Levítico era clara y de dominio público para todo israelita. No olvidemos que sus propios parientes desde el inicio de su predicación temieron por su vida, e incluso trataron de disuadirlo. El Evangelio de Marcos señala que “fueron a hacerse cargo de Él, pues decían que se había vuelto loco” (3, 21).

Y es que Jesús en su predicación dice de sí mismo no sólo que en Él obra el poder de Dios (Mt 12, 28), sino que pretende para sí ese poder, afirmando que le ha sido entregado en toda su extensión y de modo definitivo (Lc 10, 22). Proclama que, como la palabra de Dios (Is 40, 8), su palabra permanecerá para siempre (Mc 13, 31); su doctrina, aunque ligada a las Escrituras y a la tradición de los Patriarcas de Israel, no es un mero acatamiento al modo de los escribas, sino que enseñará por propia autoridad (Mc 1, 22).



El monje dominico Fra Angelico pintó a lo largo del siglo XV varias versiones de La Anunciación. Al fondo, Adán y Eva son expulsados del Paraíso. Esta tabla se conserva en el Museo del Prado de Madrid.

De sus discípulos exige que abandonen todo para seguirle (Mt 10, 37), declara que hay que estar con Él o contra Él (Mt 12, 30) y que de esta decisión depende la salvación eterna (Mt 10, 32). Se arroga poderes divinos: perdonar los pecados (Mc 2, 10), disponer del sábado (Mc 2, 28), cambiar la Ley (Mt 5, 21). Afirma ser mayor que Salomón (Mt 12, 42), que el Templo (Mt 12, 6) y que los propios ángeles, quienes serán servidores suyos (Mt 13, 41). Cuando habla del Padre celestial dice “mi Padre” (Mt 7, 21), o “vuestro Padre” (Mt 5, 16) pero nunca “nuestro Padre”. (La oración del Padre Nuestro (Mt 6, 9) es la oración “de los discípulos”, no la propia, en la cuya Dios será solamente “Padre” (Mc 14, 36), distinguiendo inequívocamente la distancia entre su filiación divina y la filiación adoptiva de sus discípulos.) En resumen, Jesús se presenta como el “Hijo único” (Jn 3, 16) o absoluta y simplemente como “el Hijo” (Mc 13, 32)³, el Unigénito.

Esta conciencia de su filiación divina no se desarrolla en Él por etapas. Jesús la conoce desde niño (Lc 2, 49), la proclama al comienzo de su vida pública en Nazaret (Lc 4, 16-21) y con ese espíritu rechaza las tentaciones del desierto (Mt 4, 1-11). Así lo declara la “voz de lo alto” en su bautismo (Mt 3, 17) y lo confirma ante sus discípulos en el Monte Tabor (Mt 17, 5). Sin embargo, no es hasta después de la Resurrección y la efusión del Espíritu Santo que estos irán asimilando las palabras que mientras le escuchaban “ardían en su pecho” (Lc 24, 32).

Nosotros esperábamos que fuera Él el que iba a librar a Israel (Lc 24, 21).

Existía la idea de un Mesías liberador, esperado por los contemporáneos a Jesús, que restaurara, al estilo del rey David, la gloria perdida de Israel. De ahí que Jesús nunca se llamara a sí mismo Mesías ni hijo de David, evitando despertar en sus oyentes falsas esperanzas de liberación nacional. Ya esta tentación la había rechazado como incitación de Satanás al comienzo de su vida pública (Mt 4, 1-11). Por ello impone silencio a los que prematuramente quieren proclamarle Mesías (Mc 16, 20). Sólo al fin de su vida, cuando podía suponer en los hombres una clara inteligencia de su propia idea mesiánica⁴, de la instauración del Reino de Dios, no al estilo de los reinos de este mundo (Mt 20, 26), permitirá que el pueblo le rinda ese homenaje (Mt 21, 9).

Sin embargo, en la Cruz las esperanzas mesiánicas de los que le seguían parecieron esfumarse. Esta frustración la resume de modo preciso los propios discípulos en el camino de Emaús: “Nosotros esperábamos que sería Él quien iba a librar a Israel” (Lc 24, 21). Este escepticismo no es sorprendente. La mentalidad judía prevaleciente en la época de Jesús no sugería que Dios restauraría Israel e inauguraría su Reino a través de un hombre condenado que aceptó dócilmente su muerte. Por el contrario, para el judío de entonces, el Mesías debía luchar batallas terrenales para rescatar a Israel de sus enemigos y aún cuando este Mesías militarista cayera heroicamente en la guerra final (los documentos hallados en Qumran, popularmente conocidos como los Rollos del Mar Muerto, sugieren que pensaban algunos sectores, como los esenios), otro Mesías sacerdotal terminaría el asunto y restauraría la justicia. En otras palabras, los judíos de entonces no tenían ninguna expectativa de un Mesías cuya muerte y resurrección provocaría el perdón de los pecados y ofreciese la vida eterna a los creyentes⁵.

Así y todo, la Cruz no pasa desapercibida. Son significativas las palabras del “buen ladrón” en los momentos de la Pasión: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino” (Lc 23, 42). Del mismo modo que la confesión del centurión romano cuando expira: “verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15, 39). Pero será a la luz de la aurora de la mañana de Pascua que los apóstoles, después de la desbandada de la Cruz, recapitularán los momentos vividos con su Maestro, entenderán el sentido de sus palabras y, con la efusión del Espíritu Santo, saldrán de su encierro para transmitir aquello que, en vida terrena de Jesús, les costó trabajo entender (Mt 16, 21-23): “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes crucificaron” (Hch 2, 36).

Así dirás a los israelitas: “Yo Soy” me ha enviado a ustedes (Ex 3, 14).

Si con la locura y el escándalo de la Cruz (1 Co 1, 23) son dispersados los apóstoles, en la Resurrección estos perciben el sentido pleno de la fe prepascual. Felipe le había dicho a Jesús: “Muéstranos al Padre y nos basta”. En aquel momento Él le respondería: “¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” (Jn 14, 8-10). Pero será ante Cristo Resucitado que el incrédulo Tomás exclamará: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

Esta aclamación de Tomás es significativa no sólo por el “Dios mío”, sino también por el “Señor mío”. En la tradición del Antiguo Testamento “el Señor”, el “Adonai”, era la expresión que se utilizaba cada vez que en las Escrituras se mencionaba “el inefable nombre de Dios”, el “Yo Soy”, el nombre que indicaba la esencia divina. Este nombre definía a Dios no sólo en cuanto Absoluto, (quien tiene por sí mismo la existencia en sí del Ser), sino también como el que había establecido la Alianza con Abraham y con su descendencia y que, en virtud de la Alianza, enviaba a Moisés a liberar a Israel de la esclavitud de Egipto.

Así, pues, aquel “Yo Soy” era la referencia al Dios de la Alianza, a quien está con el hombre para salvarlo y como prefiguración del Emmanuel, del “Dios con nosotros”. Aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy” (Ex 3, 14), se presenta de este modo como el Dios de la Alianza, como el Creador y, a la vez, como el Redentor, como el Emmanuel, en una palabra, como el Dios que salva⁶ y que camina junto a su pueblo: “Escúchame, Israel, a quien llamé: Yo soy, yo soy el primero y el último” (Is 48, 12), “sólo yo soy el Señor; fuera de mí nadie puede salvar” (Is 43, 11).

En contextos muy significativos Cristo se sirve de la expresión “Yo soy” en alusión directa a aquel nombre dado a Moisés en Egipto: “Yo Soy el que soy. Así dirás a los israelitas: ‘Yo Soy’ me ha enviado a ustedes” (Ex 3, 14).

Este nombre, o mejor aún, esta denominación prerrogativa es la que Jesús utilizará para hablar de sí: “Si no creen que Yo Soy, morirán en sus pecados” (Jn 8, 24), “Cuando levanten en alto al Hijo del Hombre, entonces conocerán que Yo Soy” (Jn 8, 28), “Desde ahora se los digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo Soy” (Jn 13, 19).

Este uso del “Yo Soy” Jesús se lo arrogará también como identificación de aquellos bienes que en su persona ofrece al hombre: “Yo Soy la resurrección y la vida” (Jn 11, 25), “Yo Soy el pan de vida” (Jn 6, 35), “Yo Soy el camino, la verdad y la vida”, (Jn 14, 6), “Yo Soy la puerta: el que por mí entre, se salvará” (Jn 10, 9), “Yo Soy la vida verdadera” (Jn 15, 1), “Yo Soy la luz del mundo” (Jn 8, 12), “Yo Soy el buen pastor” (Jn 10, 14).

Es por esto que la aclamación de Tomás al Resucitado no sólo como Dios, sino también como “el Señor”, (el “Adonai” utilizado para evitar la profanación del “inefable nombre”), será la que prevalecerá en boca de los apóstoles. Es la aclamación que resuena en los labios del primer mártir cristiano, Esteban, mientras es lapidado (Hch 7, 59-60) y es la aclamación con que Jesús es anunciado a judíos y gentiles hasta los confines del mundo.

Esto ha de constituir el corazón de la fe cristiana, el anuncio de Jesús, el Hijo de Dios, como Señor y Cristo. Con este fin, fruto de la predicación de los apóstoles, se escriben los Evangelios. El apóstol Juan puntualizará en el suyo: “para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre” (Jn 20, 31).

El Padre y yo somos uno (Jn 10, 30).

Este reconocimiento de Jesús como “el Hijo de Dios”, como “el Señor”, será la directriz de la predicación apostólica, no como suplantación de la Ley o los profetas, sino como plenitud de su cumplimiento en “el Cristo”. Es por ello que Jesús, de cara al Antiguo Testamento, es anunciado como Creador (Jn 1, 3 - Is 40, 28), como Salvador (Hch 4, 12 Vs. Is 43, 11), con poder para resucitar muertos (Jn 5, 21 Vs. 1 Sam 2, 6), como Juez (Hch 10, 42 Vs. Tb 3, 1), como Luz (Jn 8, 12 Vs. Is 60, 19-20), como Pastor (Jn 10, 11 Vs. Sal 23, 1), como Gloria de Dios (Jn 17, 1, 5 Vs. Is 48, 11), como Primero y Último (Ap 1, 17 Vs. Is 41, 4), como Roca (1 Co 10, 4 Vs. Sal 18, 2), como quien tiene poder para perdonar pecados (Mt 9, 6 Vs. Jr 31, 34), como quien es adorado por los ángeles (Hb 1, 6 Vs. Sal 148, 2), como quien es buscado en oración (Hch 7, 59), como creador de los ángeles (Col 1, 16 Vs. Sal 148, 5), como Señor (Flp 2, 11 Vs. Is 45, 23), ...en fin, como quien es confesado como Dios (2 Pe 1, 1).

Es de este modo que lo comunican aquellos que tocaron la “realidad corpórea del Verbo de la vida” (1 Jn 1, 1), los mismos que, si bien en un comienzo lo consideraron sólo “un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24, 19), en virtud de su muerte y Resurrección llegan a reconocerlo como Señor y Mesías y, después de ellos, sus sucesores y las generaciones de creyentes que por veinte siglos le han sucedido.

Esta es la verdad que hace que el converso Pablo considere basura todo lo que tenía en valía y que ha desechado a cambio de Cristo (Flp 3, 8). Y es que Cristo no se presenta a sí mismo sólo como testigo de la verdad (Jn 18, 37), este testimonio puede darlo el hombre, Él se presenta como la Verdad misma, un atributo exclusivamente divino⁷: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino es por mí. Si ustedes me conocen a mí, también conocerán a mi Padre; y ya lo conocen desde ahora, pues lo han estado viendo” (Jn 14, 6)

Esta identificación plena de Cristo como verdad, como vida, como preexistencia del Hijo con el Padre, con quien se declara uno (Jn 10, 30), la resume Juan en su prólogo al Evangelio: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él... En Él estaba la vida...” (Jn 1, 1-5).

Y es que el Hijo no llega a ser. Junto al Padre y al Espíritu Santo, Él es. Si en María se hace hombre y en la Cruz expira, su existencia no la podemos circunscribir a sus treinta y tantos años de vida terrena. El Hijo es preexistente a la encarnación, así lo recuerda a los judíos: “Antes de que Abraham existiera, yo soy” (Jn 8, 58); Él fue “la roca” de quien bebieron los israelitas en el desierto: “Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el Mar –Rojo-; ... y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo” (1 Co 10, 2-4).

En la encarnación el Verbo eterno “viene a los suyos” (Jn 1, 11), “en Él –en el Hijo- fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por Él y para Él. Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia.” (Col 1, 16-17). Él es “el Alfa y el Omega, Aquel que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso” (Ap 1, 8). En otras palabras, el Hijo “salió del Padre y vino al mundo” (Jn 16, 28), de ahí su oración al Padre para que en su paso terrenal lo glorificase con la misma gloria que tenía cerca de Él: “Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese” (Jn 17, 4-5).

Lo que hemos visto y oído, es lo que le anunciamos (1 Jn 1, 3).

Esta preexistencia del Hijo con el Padre se vincula estrechamente con la revelación del misterio trinitario: el Hijo es el Verbo eterno, es “Dios de Dios”, de la misma naturaleza que el Padre; no sólo “está en Dios”, sino que “es Dios”. Así lo acentúa el apóstol Juan: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al Dios verdadero. Vivimos unidos al que es verdadero, es decir, a su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna” (1 Jn 5, 20).

Ahora bien, esta confesión de la divinidad del Hijo de Dios es anunciada por los apóstoles junto a la confesión de la plena humanidad de su encarnación. San Pablo recuerda a los Romanos que “Cristo procede de los Patriarcas, según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos” (9. 5). Es precisamente este “Dios bendito por los siglos”, quien en María se hace carne (Jn 1, 14), nace de mujer (Ga 4,4) y toma por nombre Jesús (Lc 1, 31). Jesús pertenece según la carne al pueblo de Israel (Rm 9,5), en cuanto judío, nace bajo la Ley (Ga 4,4), en cuanto hombre participó, menos en el pecado (Hb 4, 15), de nuestra debilidad humana (2 Co 13, 4), de nuestros sufrimientos (Hb 5,8). En una palabra, sin perder su condición divina, participó plenamente de nuestra humanidad.

Y es que Él, “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 5-10).

A esta plena humanidad del Verbo hecho carne nos aproximaremos en el próximo número.

Referencias

- 1.- S. S. Juan Pablo II, Audiencia General, 26/8/1987.
- 2.- *Jesús y el Evangelio*, José M^a Castillo sj.
- 3.- *Diccionario de la Biblia*, Editorial Herder, 1970.
- 4.- *Ibíd.*
- 5.- *De Jesús a Jesucristo*, Jon Meacham, Newsweek, 28/3/2005.
- 6.- S. S. Juan Pablo II, Audiencia General, 9/9/1987.
- 7.- *Ibíd.*